

Ivan T. BEREND, *An Economic History of Nineteenth-Century Europe. Diversity and Industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 566 pp.

Ivan Tibor Berend es sin duda el patriarca de la historia económica húngara. Sus trabajos en colaboración con György Ránki (por desgracia fallecido hace ya muchos años) sobre la historia económica de Hungría y sobre la economía de la Europa oriental y balcánica fueron un hito hace ya muchas décadas. Su prestigio llevó a Berend a la presidencia de la Academia de Ciencias de Hungría y a ocupar durante muchos años un puesto de vocal en el Consejo de la Asociación Internacional de Historia Económica. La presidencia de la Academia de Ciencias en los países comunistas tenía más prestigio que, por ejemplo, la cartera de ministro de Ciencia o de Cultura. Cuando cayó el comunismo en Hungría, pese a su carácter dialogante y liberal, Berend, encontró un ambiente hostil en su país (no es de extrañar, a juzgar por los modales políticos que se gasta el principal partido en la Hungría poscomunista) y eso le movió a aceptar una cátedra en el Departamento de Historia de UCLA (Universidad de California, Los Ángeles), puesto que viene ocupando desde entonces hasta la actualidad, dado que en Estados Unidos la jubilación es potestativa.

En Estados Unidos, Berend ha seguido cultivando los mismos campos de investigación que en Hungría y publicando profusamente; sin duda como ayuda en su labor docente ha dado a la luz recientemente el libro que aquí se reseña, que vino precedido por una *Historia económica de Europa en el siglo XX*, publicada en 2006, también por Cambridge. Aunque publicados en orden cronológico inverso, ambos libros guardan entre sí estrecha relación por lo que, aunque esta reseña verse sobre el del siglo XIX, alguna referencia resulta obligada al del siglo XX.

La gran virtud del volumen que nos ocupa, más nítida en este que en el del siglo XX, es su enfoque regional supranacional. En general las historias económicas de Europa, por muy competentes que sean sus autores, tienden a concentrarse en los países del núcleo (los *core countries*, es decir, Inglaterra, Francia, Alemania, los Países Bajos, Suiza y a veces Escandinavia) y a tratar los de lo que se ha convenido en llamar la «periferia», es decir, los del Sur y el Este, como unos meros seguidores que se mencionan ocasionalmente pero que acostumbran a ocupar decididamente un segundo plano, haciendo el papel de comparsas de apoyo. Perteneciendo Berend a un país «periférico» y habiendo dedicado gran parte de su investigación a la eco-

nomía de la Europa oriental, es comprensible y encomiable que no olvide ni relegue a un papel secundario a los seguidores, y que trate de explicar las razones de su retraso y las de su posterior aproximación a la media. En esto, sin embargo, el autor tiene menos éxito, ya veremos por qué.

En virtud de este enfoque, el libro está organizado en tres partes, aunque de longitud bastante desigual. La primera (tras una introducción de unas 25 páginas), que consta de un solo capítulo, está dedicada a la «revolución gradual», que se refiere a lo que convencionalmente llamamos «la Revolución Industrial», aunque este apelativo tenga algunos detractores. La segunda trata sobre el éxito de la transformación industrial del Oeste, es decir, de los *core countries*, Escandinavia incluida. La tercera trata sobre «las periferias», y su «medio éxito o fracaso» en llevar a cabo la transformación modernizadora. La primera parte ocupa unas 60 páginas, la segunda unas 210, y la tercera unas 140. Aunque, como vemos, y resulta lógico, la historia periférica reciba algo menos de atención que la relativa al núcleo, esta última parte es la más atractiva y original. Contiene sobre todo tres capítulos, de un total de seis, sumamente llamativos: uno de ellos se titula «Las ventajas de la dependencia» y trata de aquellos países o regiones que se beneficiaron por ser parte de un imperio, algo que sorprenderá a muchos historiadores e ideólogos adictos al prejuicio de que la dependencia política comporta explotación y miseria. Berend muestra aquí que los países bálticos no escandinavos (Finlandia, Estonia, Letonia y Polonia), los de la órbita del Imperio austrohúngaro, e Irlanda, se beneficiaron al pertenecer a grandes áreas económicas, lo que les permitió exportar, especializarse, y modernizar sus economías, algo que sin el acceso privilegiado a esos grandes mercados es muy improbable que hubieran logrado. Como dice Berend: «estas regiones se beneficiaron económicamente de ser parte de grandes imperios multinacionales, lo cual es bastante paradójico considerando sus mitos nacionales y su historiografía nacionalista, que pintaba con oscuros colores las consecuencias de esta falta de independencia» (p. 378). Él cita aquí específicamente a Polonia y Hungría, pero su observación puede aplicarse igualmente a distintos tiempos y latitudes. Otro de estos capítulos trata de la cuenca Mediterránea y Rusia, y muestra también cómo la importación de técnicas y capitales de los países más avanzados fue una contribución muy importante para la modernización de esos países: en concreto, la construcción de los ferrocarriles, las empresas mineras, y la producción de otras materias primas fueron campos y sectores en los que la aportación de los países avanzados fue crucial para estos estados políticamente independientes pero económicamente atrasados. Hay un tercer capítulo que trata de otras sociedades europeas que no fueron tan afortunadas como las hasta ahora vistas: son los países balcánicos y la periferia del Imperio austrohúngaro (dos conjuntos que se solapan bastante). Este capítulo se titula «El Leviatán depredador» y este es no el capitalismo de los países adelantados, sino el despotismo del imperio más retrógrado: el otomano.

Berend es un hombre cosmopolita y un gran políglota, que lee en todos los idiomas importantes de Europa, y en algunos menos importantes, por lo que está extraordinariamente cualificado para escribir un libro con este enfoque verdaderamente paneuropeo. Ha leído vorazmente y pocos son los temas que se le escapan en

este amplio panorama que traza. El lector encontrará no solo una historia económica verdaderamente europea, sino una exposición de las principales controversias desde un punto de vista muy actual. En particular, las diferentes interpretaciones del atraso ruso y de la naturaleza y alcance del indudable crecimiento que su economía experimentó en las dos o tres décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial están muy competente y claramente expuestas, como también las discusiones de los historiadores italianos acerca del origen y las causas de la tan traída y llevada divisoria Norte-Sur. También la venerable controversia sobre el nivel de vida popular en el siglo XIX está bien expuesto y actualizado en el capítulo 7, que trata sobre los aspectos demográficos de la Revolución Industrial. En conjunto se trata de un libro innovador, competente y claramente escrito, y bien ordenado.

Este juicio abiertamente favorable, sin embargo, no significa que quien esto escribe coincida punto por punto con el método o el enfoque del libro. A pesar de la abundancia de cuadros y gráficos, el enfoque es abiertamente narrativo. Aunque Berend haya leído a los cliómetras, y haya incorporado muchas de sus conclusiones, es, y se considera, un historiador tradicional; la historia económica, nos dice en la muy interesante introducción, «es una disciplina *histórica* empírica e independiente» (p. 16, la traducción es mía; la cursiva es suya). Por otra parte, su enfoque es «interdisciplinar [... porque el desarrollo económico es] inseparable del desarrollo social, político, y cultural» (p. 15). En realidad, yo comparto todos estos puntos de vista, salvo un matiz: aunque la considera un tanto estrecha y reduccionista, Berend rinde tributo a la cliometría al decir que sus métodos «enriquecen nuestro conocimiento del pasado». Sin embargo, se mantiene a una prudente distancia de ella. No critica específicamente sus métodos, simplemente acepta las conclusiones que le parecen convincentes sin decirnos exactamente por qué. Nuestro autor nunca ha emprendido ninguna aventura econométrica, y eso se nota ocasionalmente. Las debilidades de la econometría las muestran más convincentemente aquellos que han penetrado sus misterios.

Hay otro problema que percibe especialmente un lector que, al igual que Berend, procede de un país periférico. Las razones del atraso de la periferia «analfabetismo masivo, extrema pobreza, superstición y modos de pensamiento profundamente tradicionales» (p. 332) están bien expuestas, aunque, a mi modo de ver, esto podría haberse hecho con mayor rigor. Pero el problema estriba en que al final el libro deja a los países periféricos en una especie de purgatorio: en los umbrales del siglo XX, algunas «regiones periféricas hicieron progresos significativos, pero incluso en los mejores casos su éxito fue solo parcial y no se industrializaron» (p. 462) —quizá Berend muestra una excesiva parcialidad en favor de la industria, pero esto es discutible y no voy a entrar en ello—. El lector, periférico o no, se queda con la miel en los labios preguntándose: ¿qué pasó al final, y cómo? Sabemos que la periferia se recuperó, siquiera parcialmente, en la centuria siguiente y uno quisiera saber cómo y por qué. Después de explicarnos las causas del atraso, uno se pregunta cómo explica Berend la recuperación, la convergencia del siglo XX. Pero no vaya el lector a la *Historia económica del siglo XX*, porque allí solo encontrará retazos sobre el tema. En este segundo libro, que en realidad es el primero, los protagonistas son la Euro-

pa desarrollada y la comunista, y la periferia recibe una consideración circunstancial y, valga la redundancia, periférica. Esperemos que un historiador de la talla de Ivan Berend nos obsequie con una segunda edición del libro del siglo xx que dé respuesta a estas cuestiones y alcance la calidad y la ambición de esta historia económica del siglo XIX.

GABRIEL TORTELLA

Academia Europea (Londres)

Academia Europea de Ciencias y Artes (Viena)